

Frágil, el navegante

Daniel Wence Partida (texto)
Jorge Mendoza y David Nieto (ilustraciones)





Frágil, el navegante

Daniel Wence Partida (texto)
Jorge Mendoza y David Nieto (ilustraciones)

Frágil, el navegante

Primera edición: 2020

Colección: Alas de Lagartija

Producción:

Secretaría de Cultura

Coordinación Nacional de Desarrollo

Cultural Infantil-Alas y Raíces

© Por los textos: Daniel Wence Partida

© Por las ilustraciones: Jorge Mendoza y David Nieto

Diseño de la colección: Frida Solano Martínez

D.R. © 2020 de la presente edición:

Secretaría de Cultura / Coordinación Nacional de Desarrollo

Cultural Infantil-Alas y Raíces

Paseo de la Reforma 175, piso 5, Col. Cuauhtémoc, Alcaldía

Cuauhtémoc, C.P. 06500, Ciudad de México

www.cultura.gob.mx

www.alasyraices.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad de la Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la previa autorización por escrito de la Secretaría de Cultura / Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces.

ISBN: 978-607-631-095-3

ISBN de la colección: 978-607-631-085-4

Impreso y hecho en México



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

DIRECCIÓN GENERAL
VINCULACIÓN CULTURAL

alas  raíces

Frágil, el navegante

Daniel Wence Partida (texto)
Jorge Mendoza y David Nieto (ilustraciones)



Un anillo no es un motivo suficiente para emprender un viaje. A menos, claro, que encuentres un anillo enterrado entre guijarros y éste contenga un imperativo: *¡emprende un viaje!* Aunque, ¿qué descerebrado podría hacerlo sólo porque un anillo se lo ordena?



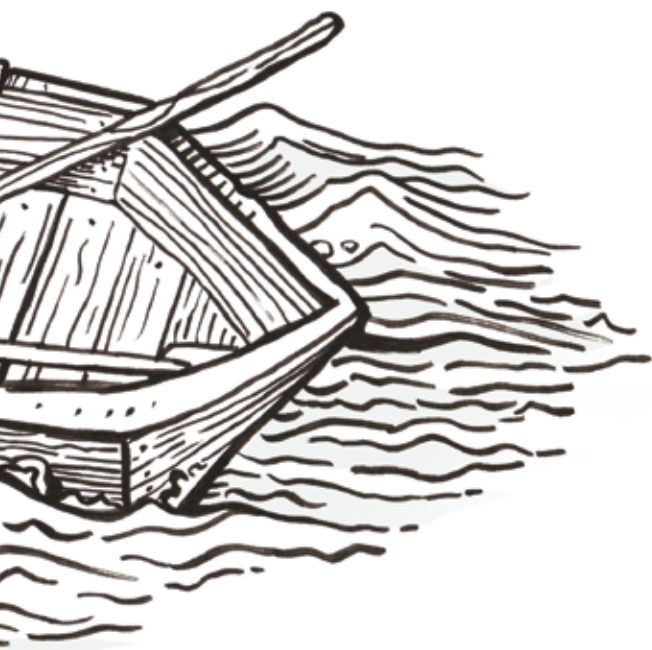


Éste soy yo, empujando mi lancha para arrancar. Y éste es Cebo, mi gusano acústico y musical acompañante. Vienen parejas de peces, docenas, cardúmenes. Melómanos peces deseosos de bailar al ritmo de nuestro *fuh-fuh*.



No cabe duda que somos estrellas del océano,
como aquellas pegajosas que van de roca en
roca o las *cintilantes* que los Antiguos utili-
zaban para dibujar en el cielo.

Voy a congelar esta noche en mi memoria.



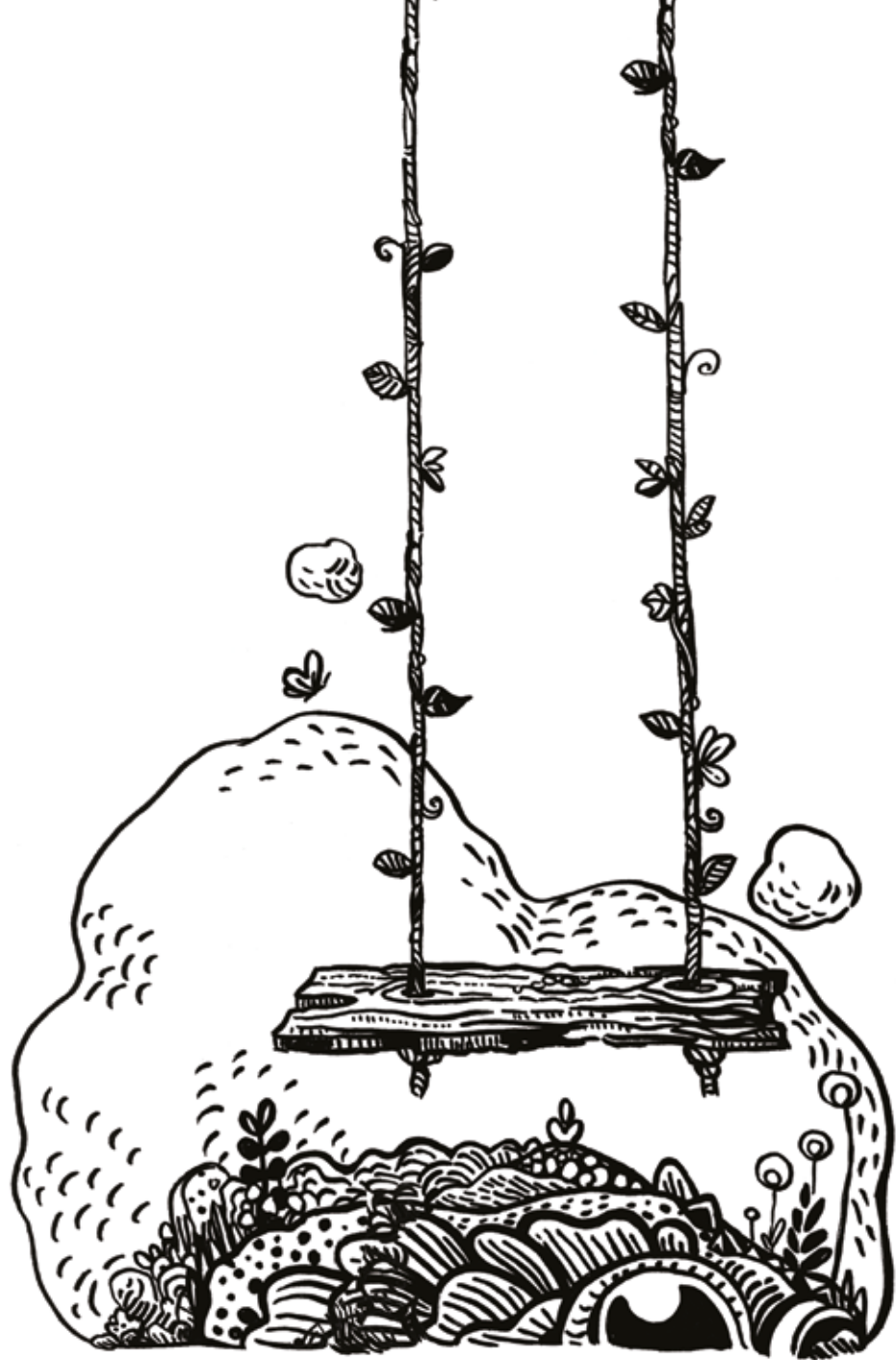
Les contaré algo: en el cielo nocturno se pueden construir caminos, señales, mapas. Los Antiguos, una especie encantadora de niños pálidos, construyeron aquella ruta para viajar al sur. Me gusta el cielo así, como trazado a mano. Si yo pudiera trazar mi propia constelación, haría de mi figura un chico fornido, capaz de enfrentar cualquier adversidad en altamar. Junto a la mía, pintaría con estrellas la constelación de Cebo, el valiente dragón orquesta con el que un niño pálido dio la vuelta a la galaxia entera en su lancha.

—¿No sería genial, Cebo? ¡Apareceríamos en las enciclopedias de mitología!



Cebo quedó fascinado con la idea, tanto que disparó su imaginación hasta lo desconocido. A pesar de su mediana edad, ya había recorrido grandes distancias al acecho de las corrientes marinas y otras vicisitudes del agua, siempre de gira... hasta que encontró en una playa desolada a su pareja perfecta de aventuras. Pasó varios días observando al niño pálido que se quedaba dormido en los peñascos, debajo de las palmeras e incluso bajo el sol más duro de las tres de la tarde. Algunas veces pensaba que se había desmayado o que la insolación lo había vencido. Pero no era así: sencillamente dormitaba o se dejaba llevar por el sonido del mar y el sonido de su corazón pálido.





–¿Cómo te llamas?– le preguntó Cebo al plantarse frente a él. Como toda respuesta, el niño se encogió de hombros–, ¿te puedo llamar Frágil? –ambos soltaron una carcajada y el niño asintió, todavía secándose los ojos con su playera de rayas.

Para celebrar su amistad construyeron un columpio, e imitando los patrones de conducta del mar, subieron y bajaron infinidad de veces, mientras la luna gorda les echaba esa luz cálida que suele rebotar en su cuerpo.

Después de varios días a la deriva me parece normal que un niño pálido como yo se aburra de no comer postre. Lo primero que haré al pisar tierra será preguntar por una heladería. Comeré toda la nieve que me sea posible. Mi favorita es la de cualquier sabor.

Lo que no me parece normal es que un gusano acústico se vuelva dragón así, como si nada. Tampoco sabía que un dragón pudiera lanzar lucecitas de colores por la boca.

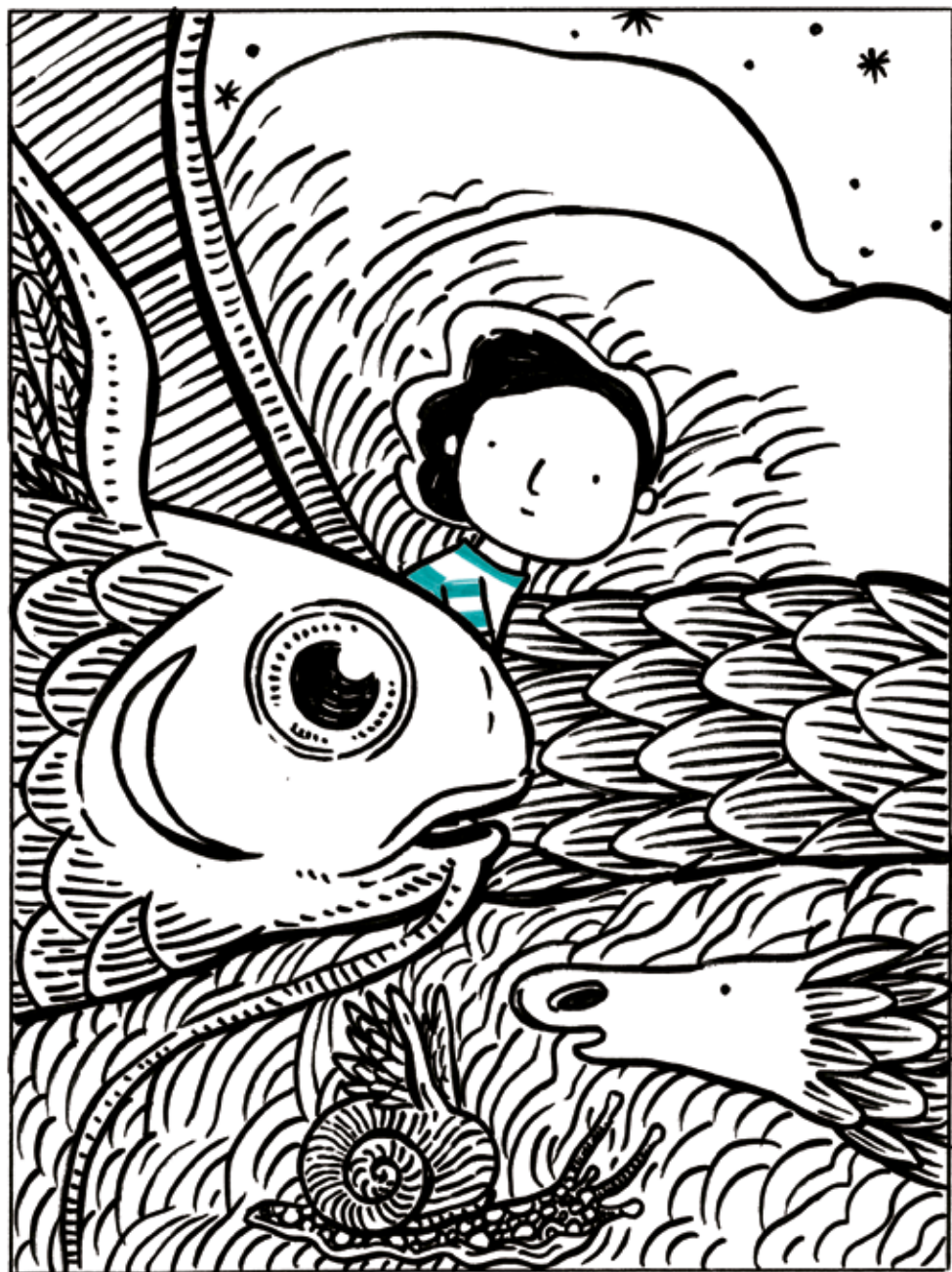


Sin embargo, estoy muy feliz de que Cebo no sea un dragón lanzafuego, pues ya habría convertido mi lancha en ceniza. Ahora mi lancha sólo está llena de cenizas de colores que por la noche danzan como luciérnagas. Al menor descuido, las hallamos haciendo coreografías sobre el agua. Después, Cebo y yo terminamos bailando y cantando con ellas.





Les contaré algo: de pequeño escuché una vieja leyenda sobre gusanos que se vuelven dragones salvajes. Cebo no es para nada un salvaje: cuando tengo frío, me cobija con sus alas; cuando estoy triste, expulsa sus luces danzarinas para reanimarme; cuando estoy nervioso, toca canciones conmigo.



Sus alas son bellísimas: ornamento y hazaña.
Cuando tengo miedo me lleva a ver el océano
desde arriba. A nuestro lado vuelan otros seres
extraños: peces con plumas y veloces caracoles:
¡amo a los inadaptados!



—¡Tierra a la vista, Cebo! Oh, no, parece que alguien nos lanza guijarros con una honda. Vayamos a presentarnos. Les diremos que venimos en son de paz y que hoy ya no es tendencia atacar a los extraños. Aunque... viéndolo bien, parece que no hay nadie...

Si hay algo que he aprendido sobre las islas solitarias es que guardan tesoros o misterios. Será mejor que caminemos espalda con espalda y que nos hagamos pasar por piratas.

Cebo y Frágil colocaron un parche negro en uno de sus ojos; se dejaron guiar por un resplandor detrás de las rocas más altas. De pronto se vieron rodeados de niños pálidos, casi transparentes.

—¿Cr-cre-crees que sean fa-fan-tas-mas?— preguntó Frágil aterrado.





–Somos los Antiguos –respondió un transparente desaliñado, luego de dar un paso al frente– y al parecer tú eres uno de nosotros.

–Pe-pero, ¿qué ta-tan antiguos somos? –preguntó entonces Frágil. Y dio un sentón, aturdido por el desconcierto que le ocasionó la noticia.

Después de un rato despertó tratando de pedir ayuda a Cebo, pero Cebo ya se encontraba merendando junto a los Antiguos un sabroso banquete elaborado con bichos y frutos locales. Como postre, tomaron un helado de algas que reanimó completamente a Frágil.

Cuando la isla y el cielo se pusieron oscuros, los Antiguos encendieron una fogata. Les contaron a los recién llegados la historia de su asentamiento y cómo fueron guiados por señales y mapas celestes.



A modo de celebración por el fantasmagórico y feliz encuentro, Frágil y Cebo se pusieron su saco de gala para ofrecer un concierto en la playa. Su música les pareció demasiado moderna a los Antiguos, pero pronto se adaptaron al ritmo pegajoso de la graciosa dupla.

Más tarde Cebo ofreció paseos para sobrevolar el océano llevando en su lomo a los transparentes de tres en tres, pero, un poco mareado por los jugos que estuvieron bebiendo durante el concierto, tuvo un aterrizaje difícil y quedó lesionado de su pata derecha. Los Antiguos, cuidadosos y sabios, le pusieron savia y le vendaron la pata.



FIG. 1



FIG. 2

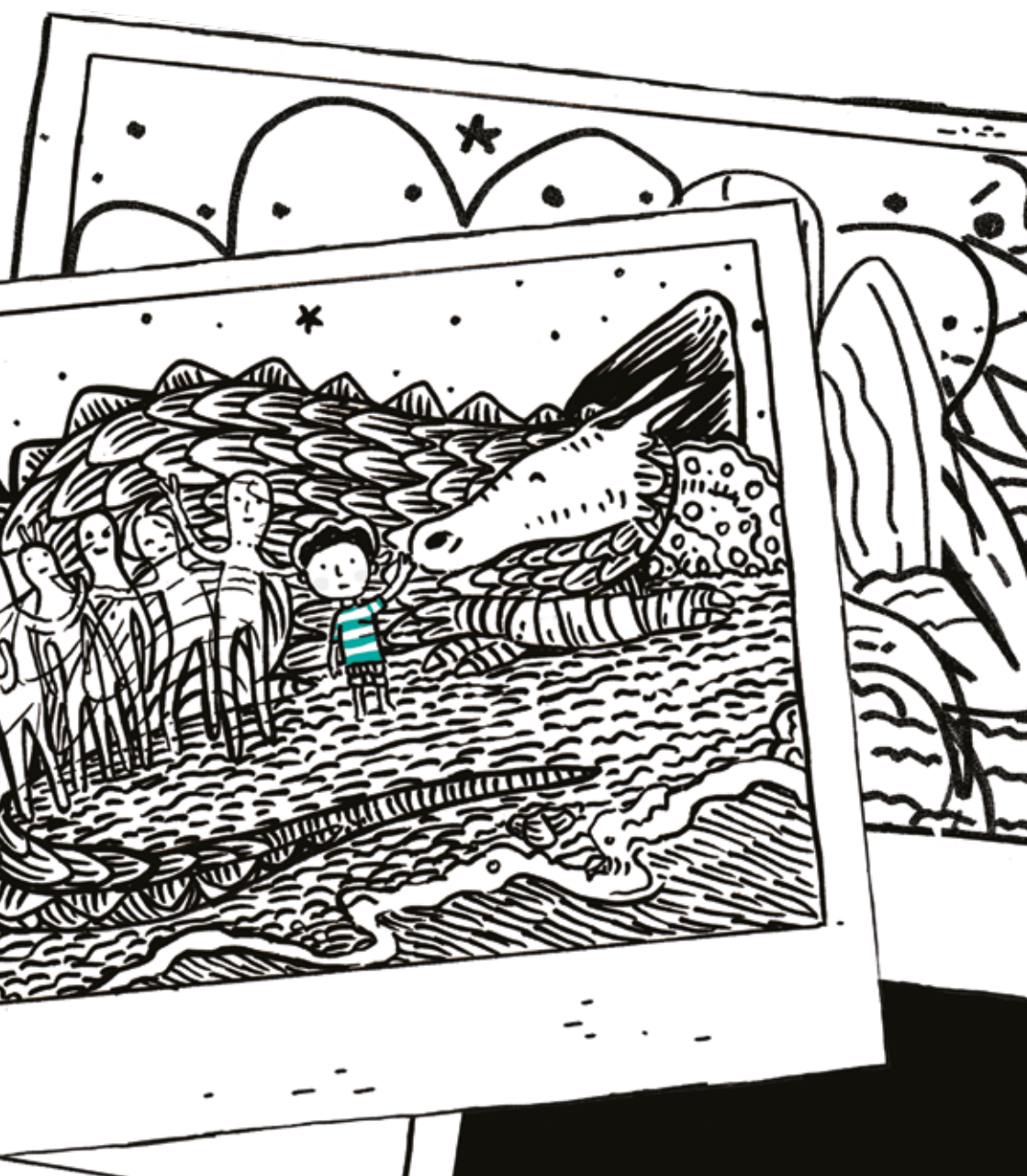


FIG. 3

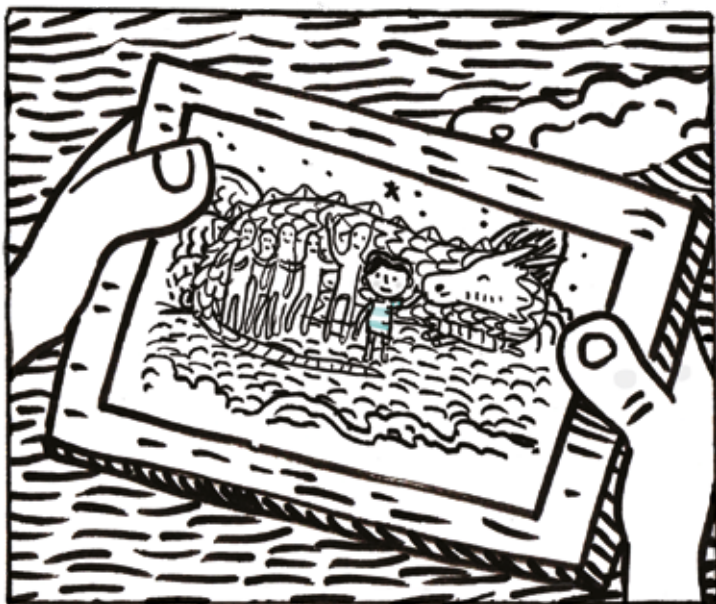
No importa, amigo, acércate para tomarnos una foto –lo invitaron casi a coro, ayudándolo a caminar. Contaron: 4, 3, 2, 1, ¡flash!

La cámara automática que llevaba Frágil en su mochila hizo la mejor captura de aquella noche extraña de transparentes y dragones.





... varios siglos después...





Hoy en día, los Antiguos sí que parecemos seres antiguos. Aunque yo prefiero el término “maduros”. Lo más hermoso del viaje fue saber quién soy y envejecer al lado de amigos tan entrañables.

Este soy yo, empujando mi memoria para
arrancar de nuevo.

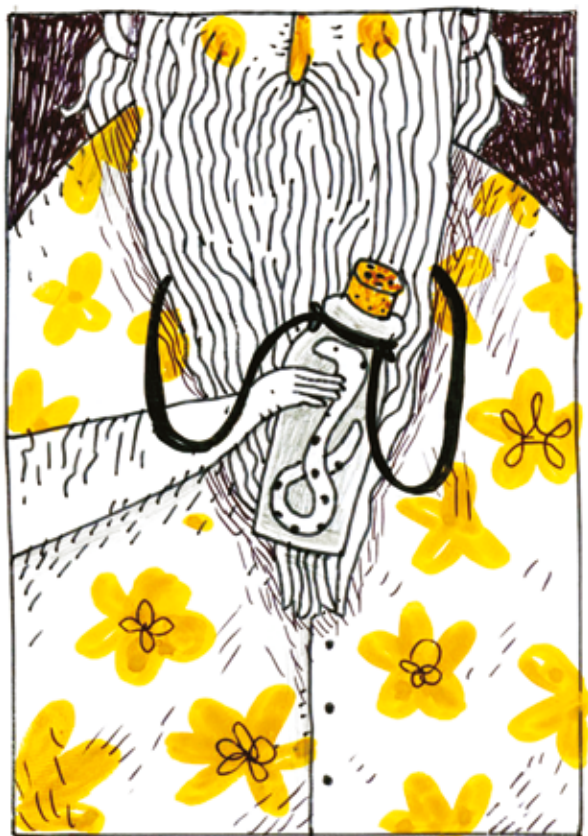






Un anillo no un es un motivo suficiente para emprender un viaje. A menos, claro, que encuentres un anillo enterrado entre guijarros y éste contenga un imperativo: *¡emprende un viaje!* Aunque, ¿qué descerebrado podría hacerlo sólo porque un anillo se lo ordena?

Éste soy yo, empujando mi lancha para arrancar.



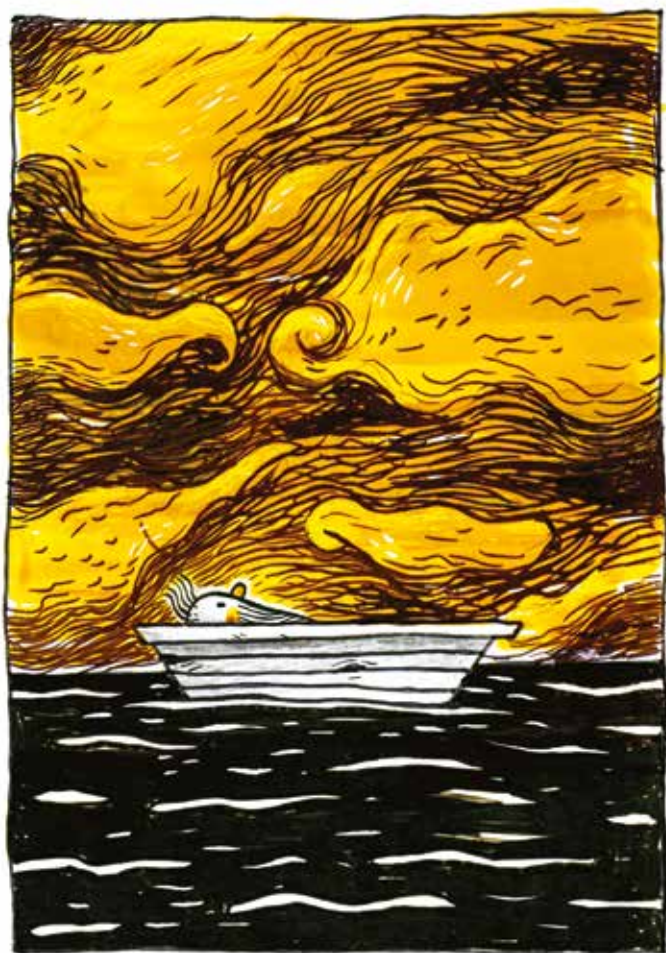
Y éste es Cebo, mi gusano acústico y musical acompañante. Vienen parejas de peces, docenas, cardúmenes. Melómanos peces deseosos de bailar al ritmo de nuestro *fuh-fuh*. No cabe duda que somos estrellas del océano, como aquellas pegajosas que van de roca en roca o las *cintilantes* que los Antiguos utilizaban para dibujar en el cielo.

Voy a congelar esta noche en mi memoria.

Les contaré algo: en el cielo nocturno se pueden construir caminos, señales, mapas. Los Antiguos, una especie encantadora de niños pálidos, construyeron aquella ruta para viajar al sur. Me gusta el cielo así, como trazado a mano. Si yo pudiera trazar mi propia constelación, haría de mi figura un chico fornido, capaz de enfrentar cualquier adversidad en altamar. Junto a la mía, pintaría con estrellas la constelación de Cebo, el valiente dragón orquesta con el que un niño pálido dio la vuelta a la galaxia entera en su lancha.

—¿No sería genial, Cebo? ¡Apareceríamos en las enciclopedias de mitología!





Cebo quedó fascinado con la idea, tanto que disparó su imaginación hasta lo desconocido. A pesar de su mediana edad, ya había recorrido grandes distancias al acecho de las corrientes marinas y otras vicisitudes del agua, siempre de gira... hasta que encontró en una playa desolada a su pareja perfecta de aventuras. Pasó varios días observando al niño pálido que se quedaba dormido en los peñascos, debajo de las palmeras e incluso bajo el sol más duro de las tres de la tarde. Algunas veces pensaba que se había desmayado o que la insolación lo había vencido. Pero no era así: sencillamente dormitaba o se dejaba llevar por el sonido del mar y el sonido de su corazón pálido.



–¿Cómo te llamas? –le preguntó Cebo al plantarse frente a él. Como toda respuesta, el niño se encogió de hombros–, ¿te puedo llamar Frágil? –ambos soltaron una carcajada y el niño asintió, todavía secándose los ojos con su playera de rayas.



Para celebrar su amistad construyeron un columpio, e imitando los patrones de conducta del mar, subieron y bajaron infinidad de veces, mientras la luna gorda les echaba esa luz cálida que suele rebotar en su cuerpo.

Después de varios días a la deriva me parece normal que un niño pálido como yo se aburra de no comer postre. Lo primero que haré al pisar tierra será preguntar por una heladería. Comeré toda la nieve que me sea posible. Mi favorita es la de cualquier sabor.

Lo que no me parece normal es que un gusano acústico se vuelva dragón así, como si nada. Tampoco sabía que un dragón pudiera lanzar lucecitas de colores por la boca. Sin embargo, estoy muy feliz de que Cebo no sea un dragón lanzafuego, pues ya habría convertido mi lancha en ceniza. Ahora mi lancha sólo está llena de cenizas de colores que por la noche danzan como luciérnagas. Al menor descuido, las hallamos haciendo coreografías sobre el agua. Después, Cebo y yo terminamos bailando y cantando con ellas.





Les contaré algo: de pequeño escuché una vieja leyenda sobre gusanos que se vuelven dragones salvajes. Cebo no es para nada un salvaje: cuando tengo frío, me cobija con sus alas; cuando estoy triste, expulsa sus luces danzarinas para reanimarme; cuando estoy nervioso, toca canciones conmigo.

Sus alas son bellísimas: ornamento y hazaña. Cuando tengo miedo me lleva a ver el océano desde arriba. A nuestro lado vuelan otros seres extraños: peces con plumas y veloces caracoles: ¡amo a los inadaptados!

—¡Tierra a la vista, Cebo! Oh, no, parece que alguien nos lanza guijarros con una honda. Vayamos a presentarnos. Les diremos que venimos en son de paz y que hoy ya no es tendencia atacar a los extraños. Aunque... viéndolo bien, parece que no hay nadie...

Si hay algo que he aprendido sobre las islas solitarias es que guardan tesoros o misterios. Será mejor que caminemos espalda con espalda y que nos hagamos pasar por piratas.





Cebo y Frágil colocaron un parche negro en uno de sus ojos; se dejaron guiar por un resplandor detrás de las rocas más altas. De pronto se vieron rodeados de niños pálidos, casi transparentes.

–¿Cr-cre-crees que sean fa-fan-tas-mas? –preguntó Frágil aterrado.

–Somos los Antiguos –respondió un transparente desaliñado, luego de dar un paso al frente– y al parecer tú eres uno de nosotros.

–Pe-pero, ¿qué ta-tan antiguos somos? –preguntó entonces Frágil. Y dio un sentón, aturdido por el desconcierto que le ocasionó la noticia.

Después de un rato despertó tratando de pedir ayuda a Cebo, pero Cebo ya se encontraba merendando junto a los Antiguos un sabroso banquete elaborado con bichos y frutos locales. Como postre, tomaron un helado de algas que reanimó completamente a Frágil.

Cuando la isla y el cielo se pusieron oscuros, los Antiguos encendieron una fogata. Les contaron a los recién llegados la historia de su asentamiento y cómo fueron guiados por señales y mapas celestes.

A modo de celebración por el fantasmagórico y feliz encuentro, Frágil y Cebo se pusieron su saco de gala para ofrecer un concierto en la playa. Su música les pareció demasiado moderna a los Antiguos, pero pronto se adaptaron al ritmo pegajoso de la graciosa dupla.



Más tarde Cebo ofreció paseos para sobrevolar el océano llevando en su lomo a los transparentes de tres en tres, pero, un poco mareado por los jugos que estuvieron bebiendo durante el concierto, tuvo un aterrizaje difícil y quedó lesionado de su pata derecha. Los Antiguos, cuidadosos y sabios, le pusieron savia y le vendaron la pata.





No importa, amigo, acércate para tomarnos una foto –lo invitaron casi a coro, ayudándolo a caminar. Contaron: 4, 3, 2, 1, *¡flash!*

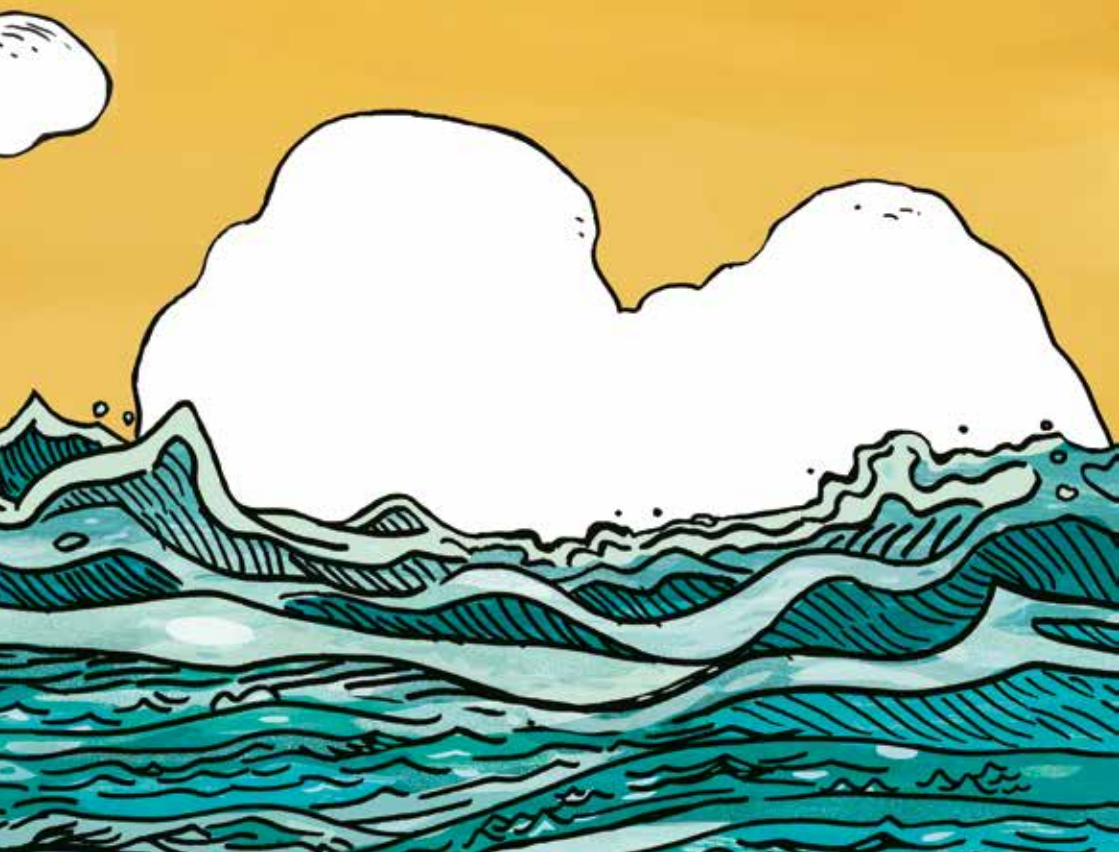
La cámara automática que llevaba Frágil en su mochila hizo la mejor captura de aquella noche extraña de transparentes y dragones.





Al final hay una fotografía que lleva, una y otra vez, al punto de partida.





SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

SECRETARIA DE CULTURA

Natalia Toledo Paz

SUBSECRETARIA DE DIVERSIDAD CULTURAL Y
FOMENTO A LA LECTURA

Marina Núñez Bernalova

SUBSECRETARIA DE DESARROLLO CULTURAL

Omar Monroy Rodríguez

TITULAR DE LA UNIDAD DE ADMINISTRACIÓN Y FINANZAS

Esther Hernández Torres

DIRECTORA GENERAL DE VINCULACIÓN CULTURAL

Jesús Antonio Rodríguez Aguirre

COORDINADOR NACIONAL DE DESARROLLO CULTURAL INFANTIL

Esta primera edición de *Frágil, el navegante*, escrito por Daniel Wence Partida e ilustrado por Jorge Mendoza y David Nieto, se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2020 en los talleres de Ediciones Corunda, S.A. de C. V.
El tiraje fue de mil ejemplares.



narrativa

Dos extraños amigos.

Un anillo, una lancha,
un concierto en el océano.

Un cielo negro, una isla perdida,
habitada por otros seres extraños.

Una fotografía.

Colección Alas de Lagartija

Esta publicación es de distribución gratuita, ajena a cualquier partido político,
queda prohibida su venta.



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

DIRECCIÓN GENERAL
VINCULACIÓN CULTURAL

alas  **raíces**